

## SIETE PREGUNTAS AL LOBO

—¿Cuándo dejarán de darnos lecciones de democracia todos los «catedráticos» elegidos a dedo que aún quedan?



—¿Cuándo aprenderemos que la democracia no es que se callen los de uno y otro bando, sino que hablen todos?



—¿Cuánto van a durar las dos semanas, dos meses y dos años de plazo que nos han mandado esperar?



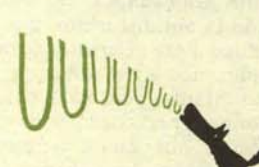
—¿Cuándo se autorizará a todos sin exclusión a ser la oposición desde dentro?



—¿Cuándo se va a descongelar el sudario mínimo?



—¿Cuándo dejarán de subir los precios de todo para que las huelgas de hambre puedan ser voluntarias?



—¿Para cuándo la amnistía?



# ESPAÑA

Los grandes folletones de Hermano Lobo, que han hecho inmortales las firmas de Ortega y Frías, Luis de Val y Martín Vigli, renacen ahora entre el clamor de los suscriptores y lectores por encima del hombro, con este gordísimo serial, «España de parte a parte», que cuenta la Historia de España en Episodios Nacionales que van del parte de la Victoria (1939) al parte de la muerte de Franco (1975). He aquí una historia rigurosa, objetiva, despasionada y estructural, escrita por la flor y nata desnata de nuestros folletinistas, estilistas y coñazos españoles e Hispanoamericanos, con tanto rigor como amenidad y tanta copia de datos como escasez de emolumentos. Viva usted en esta página de grafito, granito y lignito los felices cuarenta, los necios cincuenta, los esperanzados sesenta y los aperturistas y carcelarios setenta. Con ustedes la Historia en toda su cruenta desnudez.

## I 1939

Uno de abril de 1939. La guerra ha terminado. El humo de la especie de los muertos, que era también un humo muerto, se entretrebre como una cortina estilo Imperio y empieza la posguerra más larga del mundo. Toda España era ya nacional, que ahora suena a redundancia, pero entonces no. Y todos alzaban el brazo, viniese o no a cuento: en la calle, en el tranvía, en el cine, en el fútbol, en los toros. Los periódicos recomendaban entusiasmo y solemnidad. Era el rito de los césares. Y había que ver a los obispos estirar su bracico al lado de los jefes provinciales del Movimiento «y la más hermosa sonríe al más fiero de los vencedores». En cuanto sonaba el «tararii... ¡ti!» del parte de Radio Nacional no quedaba un culo sentado. Todo el mundo en pie y señalando que hasta aquí llegaron las aguas. Por entonces decía «Arriba» que «nos sienta mal sentarnos». O sea, que del descanso del guerrero, ni hablar. Lo importante era el afán de Imperio, no sea que alguien te acusase de rojo, que cosas así de infames se vieron, y muchas. A lo mejor tenías suerte y te acusaban nada más que de rojillo, con lo que escapabas con dos buenos tragos de ricino y un corte de pelo, amén de la correspondiente patada en el culo y la privación de la cartilla de racionamiento. A los dos minutos te sobraba afán de

Imperio para dar y tomar. Los rojos sobre todo se hicieron saludadores profesionales, los tíos. Por la Patria, el Pan y la Justicia. En el fondo ellos se contentaban con el pan. Pero de eso no había.

Todo se confunde en aquel humo lejano de los muertos. Los goles de Elicegui, del Alavés, y la muerte de García Morato, que había derribado más aviones que nadie y fue a matarse en un entrenamiento o en una demostración. El jeriñac, que ya entonces so-



naba a esfuerzo visceral, y las comuniones en masa, las comuniones políticas, podríamos decir, y toda aquella exhibición de mantillas y crespones, y las novelas de Carmen de Icaza, y que si a Franco se le había aparecido



## FOLLETON DE HERMANO LOBO

# DE PARTE A PARTE

Santa Teresa de Jesús, y los chistes de Ramper, y el Cara al Sol que se cantaba en los descansos de los partidos. Pero aún confundiendo todo, una cosa era segura en aquel panorama de miseria, miedo y algazara triunfal: que iba a durar. Bastante más, por ejemplo, que la amistad romana del Duce Mussolini y Serrano Súñer, que por entonces era un guapo uniformado de aquí te espero. Y.. llega el mes de septiembre de 1939. ¡Fuera gorros! Monseñor Escrivá de Balaguer, que no sé si entonces se llamaba así, lanza una novela rosa a lo divino (si ocultara más lo humano) titulada «Camino». El Kempis, los Ejercicios de San Ignacio, o las Ordenanzas de Carlos III le sacan un millón de codos al engendro itinerante, pero hoy estamos en condiciones de afirmar que de él abajo ninguno. Con «Camino» es como España iba a hacer sonar su voz «en el concierto internacional», y no con lo de «Dame el fusil pequeño que suena ya una clara voz» o con «Montañas nevadas», por mucho que pasease por una de las dos Españas, vestido de payaso grotesco, el conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, y que lo mandó aquí porque ya se sonaba que iba a haber hule en Europa, y esto podía ser una base. Al final ya sabemos quien se llevó las bases y no las ha devuelto todavía. O sea, que el gaileote de Galeazzo le cantaban muchas canciones por lo del «concierto internacional», pero él nada, a lo suyo, que eran las gorras de plato. ¡Todo un figurín!

Y por fin llegó la guerra, la segunda guerra mundial, en la que no intervinimos oficialmente. Aquí nos reservamos para las guerras civiles. O bien asaltando el poder para defenderlo, o bien defendiéndolo para asaltarlo. Da igual. Lo importante es que todo quede en casa. En fin, entre tantas oscuridades algo estaba claro: el Führer iba a ganar la guerra si antes los alemanes no quedaban cojos de tanto taconazo. Asustaba verlo en los noticiarios de «Ufa», aullando como un poseso. Desde luego los alemanes eran el rayo de la guerra, o el relámpago. Se ha-

blaba de la «guerra relámpago» durante sus primeras victorias. Aquí empezó su guerra por entonces Lola Flores, en Jerez se presentó la que iba a ser Lola de España, la Lola de todas las Lolas, ejemplo de famosa duración y uno de los puntales, con el Real Madrid y otras instituciones, de

la moral del Régimen. Como contrapeso apareció la peste del estraperlo. Nació del hambre, que es de donde nació siempre nuestra gloria. La palabra había nacido con bastante anterioridad, me parece que durante la República, con un asunto de Lerroux, pero fue entonces, en el treinta y

nueve y en los años siguientes, cuando alcanzó fama imperecedera. Las mejores estraperlistas eran las gordas, porque así podían esconder entre las tetas desde chorizos a botellas de aceite. Me refiero al estraperlo del menudeo. Había que verlas, despeinadas y sucias, rondando sigilosamente como si fuesen agentes de una C. I. A. de la extrema necesidad. La gente se cuchicheaba la existencia de una estraperlista igual que si se tratase de un médico de abortos. Carniceros, panaderos, almacenistas, comerciantes al por mayor de todo pelo abusaron del hambre nacional y lucían enormes sortijas y exhibían su hartura. A veces los baldaban a multas, pero se trataba de pérdidas contabilizadas, los riesgos del negocio. La carestía de la vida —de cara y de carencia— era abrumadora. Era el precio del destino, o de la providencia, por habernos salvado de la barbarie roja, de la horda.

Y encima llevaba todo el mundo sombrero. Tomando pie de un artículo de Julio Camba, un sombrero inventó el slogan de que «los rojos no usaban sombrero». Hay que fastidiarse. Bueno, pues todo el mundo ensombrerado, repitiéndose así la historia del hidalgo hambreado que sembraba de migas la barba para conseguir fama de haber comido. Con el sombrero eras un poco más nacional, un poco más imperial, un poco más eternal. La convicción y la sumisión se confundían de tal modo en aquel año que es muy difícil saber ahora cuál era la verdadera y profunda intimidad española. El pavor crea tanta sensación de realidad, aún en el interior de uno mismo, que no llega uno a saber, al cabo del tiempo, si está convencido o nos han sometido. Las normas, incluso las de la higiene pública, tendían a la vez a convencerlos y a someternos a una doctrina política. La histeria normativa reducía la libertad a una obligación inesquivable de alegría. Era de nacionales estar alegres. Pero acaso, acaso, el humo de la especie de los muertos iba por dentro... ■ DON BENITO, el garbancero.

